

ca de las cualidades superiores que han permitido ese éxito. De modo que atribuir a miopía intelectual o a un estrecho interés pecuniario la resistencia del mundo de los negocios a las tendencias benéficas de la seguridad social (y más tarde, a las de lord Keynes), es no comprender bien una parte muy importante de la motivación capitalista y competitiva. Algo, quizá mucho, debe ser atribuido también al placer de ganar en un juego en el que muchos pierden.

XVII. JOHN MAYNARD KEYNES

A causa de la incesante presión ejercida por los acontecimientos sobre las ideas económicas, y sobre todo de la que en general ocasionaba la Gran Depresión, el decenio de 1930 fue, especialmente en Estados Unidos, el más fértil en innovaciones. Como ya se ha observado, se adoptaron medidas directas para afrontar la caída de los precios industriales y agrícolas; se proveyó auxilio organizado a quienes más lo necesitaban; se emprendieron obras públicas para crear oportunidades de empleo, y en 1935 se implantaron el subsidio de desempleo y el sistema de pensiones a la vejez. Pero, con todo ello, subsistía el problema que implicaba el grave fracaso del sistema en su conjunto. En 1936, cuarto año del *New Deal*, después de una leve recuperación (que como luego se comprobaría, fue sólo momentánea), los gastos personales seguían siendo bajos, el 17 por ciento de la fuerza de trabajo estadounidense continuaba desempleada, y el Producto Nacional Bruto equivalía a sólo el 95 por ciento de lo que había sido en el año ya lejano de 1929. En efecto, no habían tenido lugar los grandes incrementos anuales prometidos por todos los políticos. En 1937 volvió a producirse una abrupta caída de la actividad económica; como ya existía una depresión, hubo que buscarle otro nombre, y se llamó a esto una recesión, o sea, una depresión dentro de una depresión.

La ortodoxia económica no podía explicar ninguno de estos fenómenos. En ella, debemos repetir, la economía encontraba su equilibrio con el pleno empleo y de éste, a su vez, provenía la demanda que lo sustentaba. Así reza la ley de Say. Persistía la posibilidad de los déficits pasajeros, que era algo aceptado, pero desde luego ninguno que pudiera durar, como éste, hacia 1936, unos seis años de interminable lóbreguez. Un siglo antes, Thomas Robert Malthus había sostenido la posibilidad de una superproducción generalizada como contrapartida a una escasez de la demanda.¹ Esta

1. Véase el capítulo VII.

hipótesis fue considerada como posiblemente excéntrica y, desde luego, errónea. Se habían mantenido, como verdad aceptada, las opiniones de Say y de David Ricardo, y con ellas, el rechazo de lo que era designado casi universalmente como la falacia del subconsumo y la escasez de la demanda. Y si no podía en verdad haber tal escasez, era bastante obvio que no incumbía al Estado adoptar medidas para promover la demanda: aparte de ser innecesario, hubiera representado una violación de los cánones de toda política fiscal correcta. El gobierno, lo mismo que los hogares, vivía dentro de sus medios. O, por lo menos, debía hacerlo.

Era plausible, y hasta evidente, la posibilidad de que los tipos de interés pudieran reducirse mediante la intervención de los bancos centrales, pero a mediados de la década de 1930 eran ya tan bajos que no podía aplicarse tal recurso para seguir fomentando los créditos y las inversiones.

De estas circunstancias, y con una fuerza que sólo puede evaluarse debidamente si se la ve en ese contexto, surgió, con tremendos efectos, la obra de John Maynard Keynes (1883-1946). Los elementos básicos de su alegato estaban destinados, en forma tan sencilla como directa, a liberar a la política antidepresiva de sus restricciones clásicas. Según él, la economía moderna no encuentra necesariamente su equilibrio en el pleno empleo, sino que puede hallarlo aunque el desempleo subsista, o en otros términos, es posible un equilibrio con paro. En este caso la ley de Say ya no rige, y *puede* haber una escasez de la demanda. Entonces, el gobierno *puede y debe* tomar medidas para subsanarla. Cuando aparece una depresión, los preceptos de la hacienda pública correcta deben inclinarse ante esta necesidad.

El equilibrio con subempleo, la abolición de la ley de Say, la necesidad de promover la demanda recurriendo a gastos públicos, más allá del límite de los ingresos disponibles, son los elementos básicos del sistema de Keynes, a los cuales volveremos a referirnos. Ellos resumen lo que, con una hipérbole inofensiva, se ha dado en llamar la Revolución keynesiana.

Uno de los rasgos más notables de esta revolución es que muchos la habían previsto. En efecto, hubo keynesianos antes de Keynes. Uno de ellos fue Adolf Hitler, quien, libre de las cadenas de una teoría económica, emprendió un gran programa de obras públicas

al tomar el poder en 1933, entre las cuales el ejemplo más visible fueron las *Autobahnen*. En verdad, empezó invirtiendo en obras de ingeniería civil, antes de emprender los gastos armamentistas. Los nazis tampoco hacían ningún caso a las limitaciones de los ingresos públicos, pues recurrían sin escrúpulos a la financiación a través del déficit. De esta forma, la economía alemana pudo recuperarse de la caída devastadora sufrida anteriormente. Hacia 1936, el desempleo, que había ejercido una influencia tan considerable en el acceso de Hitler al poder, había sido eliminado en gran medida.

Pero este proceso no impresionó al mundo económico; en efecto, Hitler y los nacionalsocialistas no eran un modelo a imitar. En aquellos años, los economistas y los portavoces más expresivos de la sapiencia financiera que visitaban el Reich, predijeron unánimemente un desastre económico. Según ellos, como resultado de aquellas políticas temerarias, si no demenciales, la economía alemana se desmoronaría por completo, y el nacionalsocialismo, a su vez, quedaría desacreditado y desaparecería. Heinrich Brüning, el canciller rígidamente ortodoxo que había presidido la anterior etapa de desempleo y privaciones, fue contratado como catedrático en Harvard, y desde ese puesto declaró públicamente una y otra vez que Alemania padecería las graves consecuencias del abandono de sus políticas rigurosamente austeras que, en su opinión, no tenían nada que ver con la situación desesperada que había conducido al auge del fascismo.

Más civilizado y mucho más conforme a un pensamiento económico deliberado y solvente fue el caso de Suecia. En ese país, durante dos generaciones, un grupo alerta de economistas había venido desarrollando un examen crítico de las ideas económicas en su relación con los asuntos públicos. Y más allá de esta reflexión, recurriendo a la enseñanza y a la publicación de sus escritos, lograron que sus conceptos y orientaciones se convirtieran en políticas y en métodos prácticos de la administración pública.

La figura fundadora de la primera generación fue Knut Wicksell (1851-1926), un estudioso de la tradición clásica y utilitarista, pero a la vez de mentalidad fuertemente independiente y original, dotado de un talento que lo impulsaba a lo imprevisible y, dado el caso, a la herejía declarada. Entre otras cosas, fue muy criticado por su pionera defensa en favor del control de la natalidad; en 1908, habiendo expresado en una conferencia ciertas opiniones

poco reverentes sobre la Inmaculada Concepción, fue condenado a dos meses de cárcel. Algunos creían, por lo visto, que los economistas debían ser menos eclécticos en su herejía.

Las opiniones de Wicksell sentaron los precedentes de muchos debates posteriores en la materia; por ejemplo, anticipándose a Chamberlin y a Robinson, sostuvo que el monopolio y la competencia eran los extremos opuestos de un espectro en el cual se alineaban muchas formas distintas de organización del mercado. Ésta y otras actitudes irrespetuosas hacia las doctrinas de la ortodoxia le mantuvieron durante toda su vida en conflicto con Gustav Cassel (1866-1944), pilar del pensamiento económico conservador en Suecia y, en cierta medida, en toda Europa. Cassel fue defensor acérrimo del sistema clásico, del patrón oro y de una apropiada limitación, si no un alcance mínimo, de la intervención del gobierno en la economía. Dada su vehemente adhesión a sus propias creencias; y el entusiasta apoyo que éstas encontraron entre los conservadores en toda Europa, Cassel inspiró grandes polémicas. En realidad, lo que con el tiempo llevaría a la ruptura de Suecia con la economía clásica tuvo mucho que ver con la disponibilidad de un contrincante tan tenazmente ortodoxo.

En las filas de la oposición a Cassel se distinguió toda una segunda generación de economistas notables por su mentalidad independiente, como Gunnar Myrdal (1899), Bertil G. Ohlin (1899-1979), Erik Lindahl (1891-1960), Erik F. Lundberg (1907) y Dag Hammarskjöld (1905-1961), luego secretario general de Naciones Unidas, quien pereció en acto de servicio. Buenos conocedores de la teoría clásica y conscientes de sus limitaciones, se enfrentaron directamente a los problemas prácticos de la economía, la sociedad y la política de Suecia. A medida que se ahondaba la depresión, comenzaron a dedicar especial interés a las consecuencias de ésta, como, por ejemplo, la deflación de los precios, la disminución de la producción, el desempleo y el desastre agrícola. En las dimensiones relativamente pequeñas de la comunidad sueca, los economistas se hallaban en estrecha comunicación, inclusive cotidianamente, con los dirigentes políticos y los funcionarios públicos, cuando no ejercían ellos mismos esas funciones. De esta asociación surgió un amplio proyecto encaminado a aliviar las penurias y a mejorar el funcionamiento general de la economía. En este proyecto estaba comprendido lo que para las pautas de la época era un sistema de seguridad social bien desarrollado, y además, pre-

cios de apoyo para la agricultura. Finalmente, como complemento y correctivo del capitalismo y de la empresa competitiva, se previó un sistema muy estructurado de cooperativas agrarias y de consumo.

Pero para nuestro tema actual lo que más interesa es la utilización deliberada del presupuesto del estado para respaldar la demanda y el empleo. La depresión condujo a los economistas de Estocolmo a abandonar la esperanza de que el banco central, reduciendo los tipos de interés, pudiera inducir un aumento efectivo de la inversión, el gasto correspondiente y la demanda. Una vez más, habría sido inútil empujar la cuerda. Por el contrario, afirmaron que si bien en épocas normales el presupuesto estatal debía mantenerse equilibrado, en tiempos de depresión, a la inversa, convenía desequilibrarlo deliberadamente, de modo que el excedente de los gastos sobre los ingresos contribuyera a sostener la demanda y el empleo.

Todo esto se decía y se hacía en Estocolmo en la década de 1930, mucho antes de Keynes; para utilizar una terminología exacta, no debería actualmente aludirse a la revolución keynesiana, sino más bien a la revolución sueca.

A mediados del decenio, las noticias relativas a las novedades del pensamiento sueco fueron penetrando lentamente en Gran Bretaña y en Estados Unidos. Al cabo de un tiempo, Suecia fue presentada como la Vía Intermedia² a un mundo perturbado por la idea de que el socialismo y el comunismo eran las únicas alternativas a un capitalismo rigurosamente ortodoxo; para ello se destacaban su sistema de bienestar social, ya entonces bien desarrollado, sus cooperativas agrarias y de consumo, su tolerancia general de la modificación y enmienda del rigor clásico, y su utilización del presupuesto del Estado para respaldar la demanda. Pero como ha destacado Ben B. Seligman,³ la barrera lingüística ha impedido durante mucho tiempo la difusión de este modelo. Y por otra parte, no se concebía que las grandes ideas económicas se originaran en pequeños países.

2. Parte del título del libro muy difundido de Marquis W. Childs, *Sweden; The Middle Way* (New Haven, Yale University Press, 1936).

3. En *Main Currents in Modern Economics* (Nueva York, The Free Press of Glencoe, 1962), págs. 539 y ss. Esta enorme obra, con justo motivo, expresa una gran admiración por los economistas suecos.

También en Estados Unidos tuvo Keynes sus precursores. En el decenio de 1920, William Trufant Foster (1879-1950) y Waddill Catchings (1879-1967), el primero de ellos economista con reputación de excéntrico, y el segundo un *Wunderkind* de las grandes promociones (y desastres) de los *trusts* de inversiones en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la crisis de 1929, publicaron una serie de libros en los cuales se exhortaba enérgicamente a reclamar la intervención del Estado para apoyar y reforzar la demanda. El blanco de sus tiros era la ley de Say y las creencias económicas en las que ésta se apoyaba: «Estos señores feudales de la teoría económica (los economistas clásicos) se limitaron a suponer, sin intentar siquiera probarlo, que la financiación de la producción, por sí sola, suministra a la gente los medios para comprarla.»⁴

Las ideas de Foster y de Catchings no carecían por completo de atractivo para la opinión pública; así es cómo en los primeros años de la depresión tuvieron una considerable audiencia entre los profanos, y se les comentó extensamente. Pero entre los economistas respetables sirvieron principalmente como ejemplo de un error popular y superficial, y fueron citados una y otra vez como exponentes de la tendencia a ese error.⁵

Finalmente, vino a servir de precedente a Keynes la aplicación sumamente práctica en Estados Unidos de un elemento que habría de constituir su prescripción más importante, a saber, que el Estado debe recurrir a la deuda pública para financiar parte de su gasto con el fin de sostener la demanda y el empleo. Durante la mayor parte del decenio de 1930 el gobierno federal estadounidense mantuvo en su presupuesto un déficit considerable. A partir de 1933, éste fue aumentando a raíz de los gastos en auxilio social directo, obras públicas y otras medidas públicas para promover el empleo, particularmente por intermedio de la Administración Federal de Auxilio de Urgencia, la Administración de Obras Públicas y la Administración de Obras en Ejecución. Hasta 1936, habiendo transcurrido tres años del *New Deal*, y en lo que podría llamarse el año de Keynes, sólo se financiaba con las rentas fede-

4. William Trufant Foster y Waddill Catchings, *The Road to Plenty* (Boston, Houghton Mifflin, 1928), pág. 128.

5. No en todos los casos. John H. Williams (1887-1980), catedrático que prestó servicios durante muchos años en la Universidad de Harvard, y que se especializó en cuestiones de moneda y de banca, habiendo sido en otra época funcionario del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, despertó interés en sus cursos y alarmó a sus colegas al afirmar que Foster y Catchings tenían razón en algunos aspectos y que no debían ser ignorados.

rales el 59 por ciento de los gastos, es decir, poco más de la mitad. El déficit equivalía al 4,2 por ciento del Producto Nacional Bruto de ese año.⁶ O sea, que las difíciles circunstancias de la época —esa fuerza inexorable de la economía— habían impuesto ya lo que Keynes vendría a proponer. Y por ello, en opinión de muchos, sin excluir al presidente Franklin D. Roosevelt, la economía keynesiana no sería considerada, durante largo tiempo, como un acto inspirado por el saber en materia económica, sino como una racionalización refinada de lo que había resultado a todas luces políticamente inevitable.

Entre las primeras iniciativas tendentes a promover la política keynesiana se contaron enérgicos intentos del propio Keynes para ejercer la persuasión. En una notable «Carta Abierta al Presidente», publicada en el *New York Times* el 31 de diciembre de 1933, durante el primer año del *New Deal*, hizo saber al nuevo gobierno que le parecía indispensable dedicar «una atención predominante en el más alto grado al incremento de la capacidad de compra nacional resultante de los gastos públicos, financiados mediante empréstitos»,⁷ y el año siguiente celebró una entrevista con Roosevelt, sin mucho éxito, para insistir en su recomendación. Pero ninguna de estas tentativas iniciales rivalizan en importancia con la publicación en 1936 de *The General Theory of Employment Interest and Money*,⁸ acontecimiento en la historia de la economía política comparable en importancia con la aparición de *La riqueza de las naciones* en 1776 y con la primera edición de *El capital* en 1867. Ella asestó, como Keynes se lo había propuesto, un golpe mortal a las conclusiones clásicas⁹ relativas a la demanda, la producción y el empleo, y a la política fundada en las mismas.

6. A modo de comparación, puede mencionarse que el tan debatido déficit de 1986 representaba aproximadamente el 4,9 por ciento del Producto Nacional Bruto.

7. Citado por R. F. Harrod, *The Life of John Maynard Keynes* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1951), pág. 447.

8. Nueva York, Harcourt, Brace. Keynes omitió las comas en el título; posteriormente, los comentaristas casi siempre las introdujeron.

9. Debo observar nuevamente que, como lo hizo Keynes, utilizo la palabra *clásico* para designar toda la gama del pensamiento ortodoxo, desde Smith y Ricardo en adelante. En tiempos de Keynes la referencia habitual aludía a la economía neoclásica, aunque ésta representaba la etapa superior a la clásica. No hubo, sin embargo, ninguna ruptura terminante con la argumentación anterior; el nuevo término sólo vino a tomar en cuenta los abundantes refinamientos a los cuales se ha hecho alusión en la presente historia. La designación de «economía clásica» viene en realidad a designar con mayor exactitud la corriente del pensamiento tradicional, por lo menos hasta Keynes.

Como se desprende de lo antedicho, *La teoría general* fue aceptada, en gran medida, a consecuencia de la Gran Depresión y de la incapacidad de la economía clásica para lidiar con un suceso tan universalmente desestabilizador. Pero esa aceptación también se debió en gran parte a la seguridad de que Keynes hizo gala en materia de argumentación y análisis económico, y en la confiada originalidad de su expresión y de su actitud. La confianza es un rasgo digno de destacarse especialmente. En efecto, ningún economista es tenido en más de lo que él mismo se estima, si es secundado con mayor certidumbre que la que él mismo manifiesta. Y la influencia de Keynes también provino en gran parte de sus antecedentes, reputación y prestigio personales. Es muy posible que si *La teoría general* hubiese sido obra de un autor carente de dichas calificaciones, se habría perdido de vista sin dejar rastro. Veamos ahora de qué calificaciones se trataba.

Los orígenes familiares y las credenciales académicas de Keynes difícilmente podrían haber sido más favorables. Su padre, John Neville Keynes, fue un economista de la Universidad de Cambridge, de excelente reputación. Durante quince años fue el encargado del registro, o sea, el principal funcionario administrativo de la universidad. La madre de Maynard Keynes, Florence Ada Keynes, ejerció con verdadera abnegación un papel dirigente en la comunidad, y llegaría con el tiempo a convertirse en alcaldesa de Cambridge. Ambos sobrevivieron a su famoso hijo, y asistieron a sus funerales en la abadía de Westminster, en abril de 1946.

John Maynard Keynes fue alumno de Eton y luego de la Universidad de Cambridge, en la que estudió con Lytton Strachey, Leonard Woolf y Clive Bell. Éstos, junto con Virginia Woolf, Vanessa Bell y otros, integrarían posteriormente en Londres el Grupo de Bloomsbury, luego tan celebrado, quizá en exceso. Para Keynes esos amigos representaron una ventana abierta al mundo y fueron interlocutores agradablemente distintos de los austeros portavoces de la teoría económica, mientras que él, a su vez, representaría para ellos un vínculo sumamente improbable, hasta podría decirse desconcertante, con el mundo de la economía y de los asuntos políticos prácticos.

Una vez diplomado en Cambridge en 1905, se presentó a los exámenes del Servicio Civil y fracasó en economía política. «Evi-

dentemente, sabía más de esta materia que mis examinadores.»¹⁰ Habiendo sobrevivido a esta ignorancia oficial, fue durante un tiempo funcionario de la Oficina de la India, escribió una obra eminentemente técnica y muy celebrada sobre la teoría de la probabilidad, empezó a redactar otra sobre la moneda en la India, y volvió a Cambridge con una beca otorgada personalmente por el profesor Arthur Pigou.

La guerra y la posguerra de 1914-1918 reportarían fama a Keynes, y con ella, la seguridad característica que en adelante asumiría su palabra ante la opinión pública, otorgándole una influencia cada vez mayor y finalmente irresistible. Durante esos años fue funcionario del Tesoro, donde adquirió notable reputación por la competencia e ingeniosidad que desplegó para la administración de los ingresos británicos en las operaciones de cambio de divisas extranjeras, los precedentes de los empréstitos y los reportados por los títulos extranjeros adquiridos y vendidos en el exterior. También se distinguió por su habilidad en la oportuna distribución de los ingresos entre las importaciones y gastos necesarios en ultramar, y por la orientación y ayuda que prestó a sus colegas franceses y rusos en esas mismas actividades. Al finalizar la guerra era tan conocido por su capacidad en política económica y en administración, que fue escogido para integrar la delegación de Gran Bretaña a la Conferencia de París en 1919, en un cargo de particular interés y distinción.

El comportamiento futuro de este joven especialista (Keynes sólo tenía entonces treinta y seis años) que tuvo acceso, durante la Conferencia de París, a una compañía tan impresionante como la de David Lloyd George, Georges Clemenceau y Woodrow Wilson, y a la no menos impresionante tarea de asegurar la paz mundial, parecía fácil de predecir. Era de esperar que un hombre tan selecto y afortunado disfrutara de los halagos de su situación y de la envidia de los menos favorecidos; que prestara su asesoramiento con toda la deferencia apropiada, y que aceptara y aun defendiera sus resultados, por molestos, desacertados o extraños que parecieran, como lo mejor que podía haberse hecho. En efecto, proceder de otro modo habría equivalido a desvirtuar el sabio juicio y a herir el amor propio de quien lo había designado. Pero Keynes, que no necesitaba estímulos en materia de amor propio, par-

10. Keynes, citado en Harrod, pág. 121.

tió de París en junio de 1919 animado de un profundo desprecio por las actuaciones de la Conferencia. Volvió a Inglaterra para escribir *The Economic Consequences of the Peace*,¹¹ cosa que hizo en los dos meses siguientes. Este libro se publicó en Inglaterra ese mismo año, se vendieron de él ochenta y cuatro mil ejemplares en la edición británica, fue traducido a muchos idiomas y continúa siendo hasta la fecha el más importante documento *económico* sobre la primera guerra mundial y la posguerra.

Es también, como se ha dicho con frecuencia, una de las diatribas más elocuentes que jamás se hayan escrito. Describe el ambiente de la Conferencia como vengativo, miope y profundamente reñido con la realidad. Y así son tratados por su parte los grandes estadistas: Wilson, aquel «Don Quijote ciego y sordo»;¹² Clemenceau, que sólo tenía una ilusión, Francia, y una desilusión, la humanidad;¹³ Lloyd George, descrito en un pasaje que fue suprimido en el último momento como un «bardo con patas de chivo, visitante semihumano de nuestra época, salido de los bosques plagados de brujas, mágicos y encantados de la antigüedad celta».¹⁴

Pero fueron las cláusulas de reparaciones las que suscitaron particularmente la condenación profesional de Keynes. Alemania, a su entender, no podía pagar las sumas fijadas con los ingresos obtenidos de las exportaciones; asimismo, sus esfuerzos en esta dirección y la dislocación resultante del comercio y las finanzas serían desastrosos no sólo para el enemigo derrotado, sino también para toda Europa. De esta conclusión, más bien que de ninguna otra fuente, provendría la convicción, prevalenciente en los decenios de 1920 y 1930, de que las condiciones de la paz habían sido, en realidad, como las impuestas a Cartago. En consecuencia, Alemania ya no aparecía ante los ojos del mundo como un agresor castigado, sino como una víctima. Éste fue el legado de Keynes.

Y hubo consecuencias de largo alcance. Después de la segunda guerra mundial, la iniciativa de imponer reparaciones a Alemania y Japón, bajo la forma de transferencias monetarias, fue uniformemente rechazada; el error estigmatizado por Keynes no debería repetirse. A cambio de ellas, esta vez, sería más sensato exigir re-

11. Nueva York, Harcourt, Brace and Howe, 1920.

12. Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, pág. 41.

13. Keynes, *ibid.*, pág. 32.

14. Keynes, citado en Harrod, pág. 256.

paraciones en especie, particularmente bajo la forma de plantas industriales y bienes de equipo. Lo triste del caso es que éstas, salvo por la circunstancia de no poder llevarse fácilmente a la práctica, resultaron todavía bastante más perturbadoras y crueles que las otras. Los trabajadores y las comunidades enteras tuvieron que presenciar el desmantelamiento y el despojo de las fábricas y máquinas que constituían su medio de vida. Por el momento, al menos, se había evaporado toda esperanza en el futuro. En síntesis, ésta sí que era una paz como la impuesta a Cartago, cuyas consecuencias sólo fueron limitadas por los problemas prácticos que representaba el traslado y utilización de las plantas industriales.

Durante el decenio de 1920 y principios del de 1930, Keynes escribió prodigiosamente, se interesó en las artes, fue presidente del *New Statesman and Nation*, formó parte del importante órgano oficial denominado Comité de Investigación de las Finanzas y la Industria, desempeñó la presidencia de una empresa de seguros, fue director de becas y subsidios del King's College en Cambridge, y especuló, al principio desastrosamente (tuvo que ser sacado a flote por su padre y por sus amigos en la City) y luego con éxito, por su propia cuenta, y lo que es aún más singular dadas las razonables restricciones acostumbradas al respecto, por cuenta del King's College.

En 1925, al plantearse la cuestión del patrón oro, y al amenazar lo que llegaría a convertirse, como él pronto lo advirtió, en una temporada tempestuosa, sostuvo una brillante polémica con el entonces ministro de hacienda (*Chancellor of the Exchequer*) Winston Churchill. Se trataba del retorno de la libra, luego del deterioro experimentado durante la guerra, a su antiguo valor en metal de 123,7 granos de oro fino, y a su anterior paridad de 4,87 dólares estadounidenses por una libra esterlina. Ésta era una medida reclamada por la solemne sabiduría financiera y la tradición en Gran Bretaña, pero sucedía a la vez que con una libra esterlina cara, los precios de exportación de los productos británicos, y en particular del carbón, venían a situarse en un 10 por ciento por encima del precio del mercado mundial. Desde el punto de vista de sus efectos sobre las exportaciones e importaciones, se creaba la situación inversa de la política de comprar oro y reducir el pre-

cio de este metal adoptada por Roosevelt ocho años después, y fue la contrapartida para el alto valor del dólar a mediados de los años ochenta.)

A fin de poder afrontar la competencia, debían reducirse los precios de las mercancías británicas, y como condición para ello, también los costes y, en especial, los salarios. Gradual y penosamente, luego de una larga y muy ingrata huelga de los mineros del carbón, y de la gran Huelga General de 1926, se bajaron los salarios. En síntesis, el retorno de Gran Bretaña al patrón oro en 1925 todavía se recuerda como una de las decisiones más evidentemente equivocadas en la larga e impresionante historia del error económico.

Keynes fue implacable en su oposición a Churchill, y particularmente en las críticas que le dirigió; pero el ministro, por su parte, como luego se supo, tenía también sus serias dudas en cuanto al acierto de esa medida. Keynes preguntó entonces: «¿Por qué ha adoptado Churchill una medida tan tonta?», y se contestó él mismo en los siguientes términos: «porque carece de juicio instintivo que le impida cometer (semejantes) errores..., porque está ensordecido por el clamor de los financieros convencionales, y... porque sus expertos le han aconsejado muy mal».¹⁵ Habiendo encontrado una vez un buen título, Keynes no vacilaba en usarlo por segunda vez. El ensayo en el cual figuraba este ataque se tituló *Consecuencias económicas del señor Churchill*.

Finalmente, en 1930, Keynes publicó su obra en dos tomos *Treatise on Money*. La aparición del libro fue saludada como todo un acontecimiento. En él figuraba una fascinante historia de la moneda, con la notable observación de que el oro debía su distinción a un atractivo freudiano, y un cálculo según el cual todo el oro acumulado en el mundo desde los tiempos más remotos hasta el presente podía en aquel entonces (como seguirá ocurriendo sin duda ahora) transportarse a través del Atlántico en un solo barco.

También aparecían ideas que presagiaban *La teoría general*: «Podría suponerse, y se ha supuesto con frecuencia, que la suma total de las inversiones es necesariamente igual a la suma total de los ahorros. Pero si se reflexiona, se comprobará que esto no es

15. John Maynard Keynes, *Essays in Persuasion*, citado en Robert Leckachman, *The Age of Keynes* (Nueva York, Random House, 1966), pág. 47.

cierto.»¹⁶ En este enunciado, en términos moderados, figura una tesis que posteriormente sería expuesta en toda su significación: no puede tenerse la seguridad de que toda la renta haya de refluir necesariamente bajo la forma de demanda de mercancías y servicios, como lo prescribe la ley de Say. Una parte de esos recursos han de perderse bajo la forma de ahorros no utilizados o no invertidos.

En cambio, con respecto a otras cuestiones, Keynes llegaba a conclusiones que luego habría de rebatir en *La teoría general*. No se ocupaba de los factores que causan los cambios en el nivel de producción y en el consiguiente volumen de empleo en la economía en su conjunto, omisión que por otra parte reconoció. Este «desarrollo dinámico (es decir, los cambios que acaban de mencionarse), a diferencia de la fotografía instantánea de la realidad económica, quedó incompleto y extremadamente confuso».¹⁷

Keynes fue un lúcido maestro de la prosa inglesa, fértil en recursos idiomáticos, lo mismo que Smith, Bentham, Malthus, los dos Mill, Marshall y Veblen. En realidad, con la posible excepción de Ricardo, estas mismas cualidades han distinguido a todos los autores de gran importancia en la historia del pensamiento económico inglés. No obstante, *The General Theory of Employment Interest and Money* es una obra compleja, mal estructurada y a veces oscura, como lo reconoció el mismo Keynes, quien observó asimismo que el público en general, «aunque sea admitido en el debate, sólo lo es en calidad de oyente», tratándose de este esfuerzo técnico necesario para persuadir a sus colegas los economistas. Y son muy pocas las personas ajenas a la profesión de la economía política que han llegado a aceptar alguna vez la invitación de Keynes a escuchar.

Y sin embargo, las ideas centrales del libro, como ya se ha dicho, no presentan, relativamente, muchas dificultades. El problema decisivo de la economía no es el de determinar cómo se establece el precio de las mercancías. Tampoco la forma de distribuir los ingresos resultantes. La cuestión importante es averiguar cómo se determinan los niveles de producción y de empleo.¹⁸ A me-

16. John Maynard Keynes, *A Treatise on Money* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1930), vol. I, pág. 172.

17. Keynes, *The General Theory of Employment Interest and Money*, pág. 8.

18. Que dio lugar posteriormente a la difundida preocupación por la tasa de expansión llamada crecimiento.

nudo, cuando aumentan la producción, el empleo y la renta, va disminuyendo el consumo obtenido de los aumentos adicionales del ingreso, es decir —en los términos de la formulación histórica de Keynes—, decrece la propensión marginal al consumo. O sea, que los ahorros aumentan. No hay ninguna seguridad de que, como creían los economistas clásicos, con el descenso de los tipos de interés tales ahorros vayan a ser invertidos, o sea, gastados. Pueden en efecto permanecer sin gastar, por una variedad de razones precautorias que responden a la necesidad o el deseo del individuo o de la empresa de contar con liquidez, es decir, otra vez en la terminología de Keynes, en función de la preferencia por la liquidez. Si los ingresos se ahorran y no se gastan, tendrá lugar una reducción de la demanda total de bienes y servicios (demanda agregada efectiva), y con ello, del producto y del empleo. Y la reducción continuará hasta que se reduzcan los ahorros al nivel apropiado. Este descenso se produce porque la reducción de los ingresos induce, e incluso fuerza, una propensión marginal al consumo cada vez mayor. El menor volumen de ahorro es entonces absorbido por el gasto en inversión, cuyo descenso es más lento.

Lo mismo que en la concepción clásica del problema, el ahorro y la inversión deben ser iguales. La diferencia es que ya no se igualan necesariamente, ni siquiera normalmente, en los niveles correspondientes al pleno empleo. Para igualar los ahorros a las inversiones, y para asegurar que los primeros sean gastados, puede resultar necesario reducir los ingresos y forzar una reducción del gasto. De modo que la situación de equilibrio en la economía no asegura el pleno empleo obligatoriamente, sino que puede asumir distintos grados de desocupación, inclusive en severas proporciones. Como ya hemos visto, a este fenómeno se le ha dado el nombre de equilibrio con subempleo. Se trataba de una situación que en 1936 el profano podía verificar a simple vista.

Hubo además otra nota discordante en la cuerda keynesiana. Desde el punto de vista de la economía clásica, una situación de desempleo, dejando aparte aquellos trabajadores que estaban momentáneamente desocupados por hallarse cambiando de empleo o porque sus calificaciones no cuadraban con las necesidades de los puestos disponibles, se debía a que los salarios eran demasiado elevados o demasiado rígidos. En ese caso, era evidente que los causantes eran los sindicatos con sus exigencias. Los beneficios adicionales de añadir nuevos trabajadores, el ingreso margi-

nal de incrementar la fuerza de trabajo, no alcanzaban, sencillamente, para poder pagar los salarios pretendidos. En ese caso, bastaba con reducir los salarios, superando todas las resistencias a tal medida, y los trabajadores desempleados volverían a encontrar trabajo. En opinión de Keynes —y esto tiene una importancia decisiva—, tal hipótesis ya no respondía en absoluto a la realidad, pues lo que podía ocurrir en el caso de un empresario particular no tenía por qué suceder con el conjunto de los patronos. Esto es lo que los economistas, y otros autores que aluden a la tendencia de proceder de lo simple a lo complejo, como, por ejemplo, de las finanzas del hogar a las del Estado, llaman la falacia de composición. Si los empresarios en general redujeran los salarios en una situación de desempleo, el flujo de la capacidad adquisitiva, es decir, la demanda efectiva agregada, disminuiría *pari passu* con la reducción de los salarios. Y en ese caso, la contracción de la demanda efectiva incrementaría el desempleo. De modo que ya no podría achacarse el desempleo a las elevadas remuneraciones ni a los sindicatos. Herbert Hoover y Franklin D. Roosevelt, el segundo mediante la NRA, habían coincidido por lo menos en este principio de orientación: ambos se habían opuesto a la reducción de los salarios. En cambio los economistas, fieles a su fe clásica, habían criticado a ambos presidentes; fue Keynes quien los reivindicó.

Con el diagnóstico llegó la cura. Ya no podían los gobiernos esperar el remedio de fuerzas autocorrectivas, pues el equilibrio con subempleo podía resultar estable y persistente. Ya no había que esperar a que el desempleo redujera los salarios, pues ello, por el contrario, podía conducir a un equilibrio con un nivel inferior de producción y de empleo. No podía contarse con que la reducción de los tipos de interés provocara el aumento de la inversión y de los gastos de inversión, pues cabía la posibilidad contraria de que sólo fueran a reforzar la preferencia por la liquidez. En verdad, ¿por qué razón habría de renunciarse a las diversas ventajas de poseer dinero en efectivo a cambio de un beneficio puramente simbólico? Y a mayor abundamiento, era también harto evidente en el escenario económico contemporáneo que hasta las más sorprendentes rebajas de los tipos de interés que entonces se producían resultaban insuficientes para estimular la inversión, dado el gran exceso de la capacidad productiva y la ausencia de un beneficio aceptable.)

En definitiva, quedaba un recurso, y tan sólo uno, a saber, la

intervención del Estado para elevar el nivel de los gastos de inversión: la emisión de deuda pública y el aumento del gasto público. El déficit deliberado. Sólo en esta forma podría destruirse el equilibrio con subempleo, gastando, en forma voluntaria e intencional, los ahorros no utilizados del sector privado. Venía así a confirmarse terminantemente el acierto de lo que ya venía haciéndose bajo la presión de las circunstancias.

Tales son los elementos esenciales de la Revolución keynesiana. Pero el propio Keynes no llegó a formularlos en esos términos. En rigor, el debate económico que suscitó la publicación de *La teoría general* vino a lidiar interminablemente, para mayor placer de los contrincantes, con las complejidades y oscuridades de la obra. Prevalecía al respecto cierta satisfacción profesional en mantener el asunto cubierto con un velo de misterio, pues difícilmente podría esperarse que entendiera el profano lo que los académicos se desvivían por dominar.

En particular, hubo una característica de la Revolución keynesiana que casi no llegó a mencionarse. Al impresionarse tanto con la magnitud de los cambios introducidos, los economistas no se detuvieron a reflexionar acerca de lo mucho que permanecía invariable. Ello motivó que, en adelante, se confiara al Estado la misión de dirigir el funcionamiento general de la economía. Aunque hubiera desacuerdos acerca de las medidas que debían aplicarse, no los hubo en cuanto a la responsabilidad del gobierno o, por lo menos, del banco central. Se había disipado la creencia en la posibilidad del pleno empleo con el mantenimiento de precios estables, que sólo persistió en las mentes de algunos excéntricos. Pero la enseñanza y los debates acerca de cómo podrían asegurarse el pleno empleo y la estabilidad de los precios quedaron en lo sucesivo integrados en una rama especial por separado dentro de la economía, que recibiría el nombre de «macroeconomía».¹⁹ Algunos

19. Lo cual llegaría después a obstaculizar considerablemente la comprensión de la economía. Como se observará más adelante, la vida económica constituye una sola unidad, y la separación entre micro y macroeconomía impidió una evaluación apropiada de la fuerte influencia de la macroeconomía sobre los acontecimientos microeconómicos, en particular de la sociedad anónima y los sindicatos modernos, y la acción recíproca de los salarios y los precios, en particular.

economistas, utilizando una contracción de singular mal gusto, habrían de referirse a su especialidad como «macro». Pero en cambio, Keynes no llegó a abordar ni a perturbar en absoluto lo que se llamaría luego «microeconomía», es decir, lo que con un vocablo de la jerga profesional igualmente deleznable se designa a veces como «micro». En la microeconomía el mercado seguía igual así como la firma comercial y el empresario. Y también el monopolio, la competencia, la competencia imperfecta y la teoría de la distribución. De modo que, para resumir, en este sector el sistema clásico quedaba en términos generales intacto. Este sistema funcionaba dentro de un flujo de demanda regulado, y en ese ámbito, la mayor parte de la vida económica casi no había cambiado en absoluto. La distribución del poder entre las corporaciones, los sindicatos, los trabajadores a título individual y los consumidores subsistía dentro de su concepción clásica. Con respecto a todas estas cuestiones, el Estado no tenía por qué intervenir más de lo que había intervenido en épocas anteriores.

Keynes conjuró al incubo de la depresión y del desempleo, liberando de él al capitalismo, o al menos eso fue lo que se propuso. Así eliminó el único aspecto que el capitalismo no podía explicar y que, según Marx, no podía superar. Pero eso fue todo. La Revolución keynesiana, desde este punto de vista, no sólo fue limitada, sino también intensamente conservadora.

En 1935, el primer día del año, en respuesta a una carta de George Bernard Shaw en la que éste ponía sobre el tapete un juicio formulado por Marx, Keynes replicó: «Pero para entender mi estado de ánimo, debe usted saber que creo estar escribiendo un libro sobre teoría económica que en gran parte revolucionará (no en seguida, me imagino, sino en los próximos diez años) el pensamiento mundial acerca de los problemas económicos.»²⁰ Esta previsión no era por entero *infundada*. Desde luego que sobrevendría un cambio. Pero en contraste con el que Marx había preconizado y previsto, la proeza de Keynes se cifra en haber dejado tantas cosas como antes.

Durante las dos décadas siguientes, sobre todo en Estados Unidos, el nombre de Keynes llegaría a adquirir una señalada connotación de radicalismo. Entre los hombres de negocios y en el mundo bancario llegaría a considerarse a los keynesianos tan ene-

20. Keynes, citado en Harrod, *op. cit.*, pág. 462.

migos del orden establecido como los mismos marxistas, e inclusive como un peligro más concreto e inminente a corto plazo. He aquí otra gran constante de la vida económica: cuando se trata de elegir entre el desastre definitivo y las reformas conservadoras que podrían evitarlo, lo más frecuente es que se opte por lo primero.

XVIII. LA CONFIRMACIÓN DE MARTE

En otoño de 1936, pocas semanas antes de las elecciones presidenciales celebradas ese año, la Universidad de Harvard conmemoró su tercer centenario.¹ Cada uno de los departamentos que la integraban fue invitado a presentar candidatos para los títulos honorarios que se otorgarían con tal motivo. En un admirable gesto de liberalismo, las autoridades de la universidad pidieron al efecto la opinión del personal docente más joven, de menor jerarquía relativa, a saber, profesores titulares y ayudantes. Los del Departamento de Ciencias Políticas, tratando en todo lo posible de provocar desconcierto, propusieron el nombre de León Trotsky. Sus coetáneos del Departamento de Economía, en el afán de no parecer más dóciles, sometieron el de John Maynard Keynes. Ambas sugerencias fueron sesudamente desechadas.

Y en lugar de Keynes, el doctorado *honoris causa* se confirió en esa eventualidad a Dennis (más tarde sir Dennis) Robertson (1890-1963), del Trinity College, Cambridge, economista tan agradable por su trato como por su reputación. No se trataba de un ideólogo clásico acérrimo; al contrario, Robertson había coincidido en época temprana con Keynes al rechazar la ley de Say, puesto que si el ahorro y la inversión eran actividades ejecutadas por diferentes personas y por diferentes instituciones, no existía en verdad ningún motivo para suponer que habrían de ser iguales. Pero a la vez, admitió una relación entre el desempleo y los salarios exageradamente altos, y compartió otros puntos de vista del *status quo*. Y así fue cómo viajó de la Cambridge inglesa a la Cam-

1. Debo confesar aquí que estoy citando un incidente ya relatado en *Money: Whence It Came, Where It Went* (Boston, Houghton Mifflin, 1975), págs. 227-228. También me valgo para el presente capítulo de otro estudio anterior. En 1965, *The New York Times Book Review* descubrió con pesar que la edición original de *La teoría general*, de Keynes, nunca había sido objeto de una reseña en sus páginas; retrospectivamente, se había tratado de una omisión mayúscula. A invitación de la revista, utilicé gran parte de su espacio disponible para publicar una reseña bibliográfica titulada «How Keynes Came to America» que apareció en el número del 16 de mayo de ese año.